

## TACUBAYA.

Así como los castillos y casas señoriales de la nobleza europea, necesitan para ser completos, de un parque y de un jardín, así también las ciudades, cuando llegan a cierta extensión y antigüedad, necesitan de sus grandes parques y de sus grandes jardines, en que la población vaya en los días de ocio a olvidar la turbulencia y fatiga de la ciudad, y a recobrar nueva vida con el aire puro y embalsamado de los campos.

México tiene por parques los bosques inmensos de las montañas que le rodean, y por jardín un valle de mas de diez leguas de extensión. Parece que Dios estaba en la plenitud de toda su bondad, con un amor singular hacia esta parte del mundo, cuando crió el valle de México.

En este extenso valle y en el centro profundo de estos bosques, en las cercanías del lago que dividía los dos célebres y poderosos imperios de Tezcoco y de Anáhuac, se eleva la nueva ciudad fundada por los españoles; y demasiado grande y hermosa para la poca vida y las muchas desgracias que cuenta. Cerca de esa grande y desarrollada matrona, hija sangrienta de Hernán Cortés, se desarrollan a su sombra y amoroso abrigo multitud de pueblitos pintorescos, que con el tiempo formarán un conjunto prodigioso é increíble, parecido á la metrópoli de la Gran Bretaña.

Tacubaya es una de estas pequeñas poblaciones que van creciendo rápidamente, y que merecen ya una mención especial.

Al entrar á Tacubaya se encuentra el edificio de habitación y oficinas de la hacienda de la Condesa. En la apariencia, y mientras no lo repongan y varíen los propietarios, nada tiene de notable; pero en el interior es bastante cómodo y aseado, y tiene sobre todo un jardín lleno de esquisitas dahlias, de hortensias y de otra variedad de flores. Este jardín es una mezcla del estilo italiano y del francés. Desde la puerta de la hacienda de la Condesa se descubre, formando una agradable perspectiva, toda la calle principal, sombreada por dos hileras de chopos y fresnos plantados en el tiempo en que fué alcalde primero de ese ayuntamiento D. Francisco Iturbe. Esta calle casi toda está formada de casas de campo, construidas al estilo moderno, y continúa hasta el pie de las colinas donde comienza el camino real para Toluca y Morelia.

Tacubaya, como todos los pueblos de los indígenas, estaba formado de casas pequeñas de adobe, con sus estensos corrales sembrados de magueyes; pero en poco tiempo han desaparecido como por encanto la mayor parte de esas construcciones, y en su lugar se han levantado unas verdaderas villas italianas. Hoy es un lugar que con un poco de aseo y de gasto por parte del gobierno para componer las calles, sería muy semejante á esos tranquilos y bellísimos pueblitos de las cercanías de Londres, donde la aristocracia del comercio tiene sus casas de campo y sus jardines.

Las casas mas notables son la de Jamison, la de Escandon, la del conde de la Cortina, la de Bardet, la de Iturbe, la de Carranza, la de Algora, la de Laforgue, la del finado Sr. Herrera, y algunas otras.

La casa de Jamison, única, según creo, que de su género existe en la República, fué construida absolutamente al estilo inglés. A la entrada del parque está una preciosa casa rústica pintada de encarnado. Fué destinada para el jardinero y portero; pero es tan bonita y tan aseada, que hasta los embajadores extranjeros han vivido en ella largas temporadas.

La casa del Sr. D. Francisco Iturbe es notable por su grande extensión, por la regularidad de su fachada, que forma arriba del puente la continuación de la calle real, por sus comodidades interiores y sobre todo, por un jardín de naranjos que se encontrará con dificultad en ninguna parte de tierra fría.

El jardín del Sr. Bardet, es sin duda uno de los mas hermosos y bien cultivados de Tacubaya. Participa de ese arreglo un poco monótono y forzado de la antigua jardinería francesa, al mismo tiempo que de ese desorden, hijo de la naturaleza y de la esuberante vegetación que se nota en las huertas mexicanas. Esta mezcla le dá un carácter tan alegre y

tan singular, que difícilmente se encuentra en alguna otra parte. Todo este jardín, que tiene sus bosques, sus grutas y montecillos artificiales, sus palmeros, sus árboles del monte y sus flores y arbustos europeos, es obra casi exclusiva del trabajo personal del Sr. Bardet. En ninguna parte como en Tacubaya, se puede conocer lo que en un clima benigno, como el de México, vale la inteligencia en la agricultura y jardinería, y el trabajo bien aplicado y dirigido.

Los jardines de los Sres. Flores, del Sr. Escandon, del Sr. Bardet y otros, eran, hace muy poco tiempo todavía, unos terrenos ingratos donde crecían unos cuantos magueyes.

Lo que sobre toda ponderación despierta el interés y la curiosidad, es la casa del Sr. D. Manuel Escandon.

La entrada es por una elegante portada con su puerta y su enverjado de hierro. A la izquierda está una casa rústica pequeña, y pintada de encarnado, como las que se encuentran en las campiñas de Inglaterra. Una calzada de chopos y de fresnos ya muy crecidos, y que dan el aspecto entre sombrío y magestuoso, conduce hasta un estenso terrado circular, donde está construida la casa. Un peristilo corintio, con su enlosado de mármol de Génova, sostiene el segundo cuerpo de la casa. Las entradas, por los lados izquierdo y derecho, la forman dos pórticos también corintios. En la espalda, y unidos solamente por un pasadizo, se encuentran las habitaciones para los criados, las caballerizas y las cocheras.

En lo interior, el patio está cerrado con una cúpula de cristal, y unas columnatas de cantería, estucadas primorosamente, sostienen cuatro alas de portalería y corredores. El salón, comedores, billar, antesala y cocina, están al estilo inglés, en el piso bajo. Las recámaras, baños y tocadores, todo con su debida separación é independencia, están en el piso alto. El patio sirve de una especie de elegante *foyer*, alumbrado en las noches por un candelabro de bronce dorado, que sostienen tres figuras del tamaño natural.

La arquitectura, pinturas, adornos y pormenores de la casa están hechos á todo costo, y del gusto y estilo mas modernos, y son por cierto dignos de atención; pero sorprenden mucho mas los muebles, servicio y meje de las habitaciones. Las paredes, en el patio, corredores, billar y recámaras, están cubiertas de pinturas. El Sr. Escandon adquirió la galería perteneciente al Sr. conde de la Cortina, que es la mas abundante y completa de las colecciones que existen en la República. Tiene en verdad algunas pinturas anónimas de poco mérito; pero en compensación posee algunas originales de Pablo de Céspedes, Alonso Cano, Cabrera, Tenaud, Gerardo Dow y otros, y muy buenas copias de Rafael, Ticiano y Corregio. Es una pérdida para el arte que no estén colocados estos cuadros por su orden histórico en una galería especial.

Al costado de la casa está el invernáculo, donde se encuentra una abundante colección de parásitas y de orquídeas, dignas del estudio de los que se dedican á la botánica.

Al rededor de las casas y del invernáculo se hallan el parque ó bosque, que con el tiempo será espeso y pintoresco, como un sitio primitivo; el jardín, lleno de flores variadas y esquisitas; la hortaliza y los prados, todo salpicado de fuentes de agua clara, de cenadores y kioskos, cubiertos de yedra y madreselva, de asientos cómodos donde reposar, á la sombra de los piñones, cipreses y fresnos, gozando á la vez de la vista deliciosa de aquella mansión, y de la escena grandiosa y magnífica que descubre la vista cuando reposa en el horizonte, y ve á la alegre y luminosa México tendida al pie de la gigantesca *Mujer blanca* (1).

En la huerta y parque hay un precioso baño y un estenso estanque, de tres varas de profundidad; donde los aficionados á la natación y al sistema hidropático pueden pasar largas horas de ese terrible y frío placer que sienten el cuerpo con el contacto del agua. Hay también un tiro de pistola, un juego de bolos, un tren de caballos y carritos para niños, una es-

(1) Uno de los volcanes se llama en mexicano Ixtacizhuatl, que quiere decir *Mujer blanca*.

tensa pajarera, que en breve estará llena de faisanes dorados y de las aves mas esquisitas, y un estanque á flor de tierra donde constantemente viven y juegan patos, ansares, y sobre todo, unos cisnes blancos de Inglaterra y cisnes negros, con su pico y sus ojos rojos, de la lejana tierra de Australia.

No solamente en México, sino en Inglaterra y Francia, donde tanto abundan los castillos y residencias campestres, la casa del Sr. Escandon sería notable.

Edificios como la casa que acabamos de mencionar, la de Jamison, la del Sr. Teran, la de los Sres. Rubio y Sáyago en México, son verdaderamente monumentos que embellecen la ciudad, que sirven de recreo á todo el público, que despiertan la curiosidad y llaman la atención de los viajeros y que dan una idea muy aventajada de nuestro gusto y civilización.

Siguiendo toda la tapia de la huerta del Sr. Escandon, se asciende suavemente una colina, hasta que se llega á una ancha plataforma. En ella están muchos años hace, edificados el convento de religiosos de San Diego y el gran palacio de los arzobispos; edificio de un aspecto imponente y feudal, que domina la población como una ciudadela, y que tiene piezas y corredores estensos y espaciosos como los antiguos castillos.

Tacubaya, en la actualidad tiene, como hemos dicho, un convento de religiosos de San Diego y una iglesia parroquial, una plaza de mercado, un pequeño portal, un cuartel de caballería, recientemente construido, y una escuela, que pronto estará concluida.

La plaza, que hace poco tenia solamente una calzada de fresnos, se ha convertido en una pequeña, pero primorosa alameda, con su fuente en el centro y sus jardines plantados de flores y arbustos, cuyo cultivo está á cargo de algunas familias que se hallan radicadas en la población. En

las noches un alumbrado, aunque en menor escala, superior al de México, dá á esta población un aspecto severo á la vez que agradable, como lo tienen todas las poblaciones mistas, que participan de la elegancia de las ciudades y de la rusticidad del campo.

Tacubaya existía antes de la venida de los chichimecas al país de Anáhuac; su nombre indio era *Atlacolayan*, que significa *lugar donde tuerce un arroyo*. Durante mucho tiempo su población fué tan considerable, que llegó á 15,000 habitantes. En la actualidad contiene 5,000, y cosa de 1,500 de mas en la estación del verano. Es la cabecera de una prefectura, y tiene su juzgado de letras y su ayuntamiento, compuesto de un presidente y seis regidores.

Su clima es uno de los mejores del mundo, y prueba perfectamente para la curación de algunas enfermedades y la convalescencia de casi todas. Lo seco del terreno, la muy buena ventilación, las aguas delgadas y sabrosas que posee, y el cespengu de la multitud de árboles que ya hay plantados y crecidos, son condiciones todas necesarias para conservar la salud. Tacubaya reemplaza algunas veces á la capital, pues en ella ha residido algunas temporadas el jefe de la República, en el palacio arzobispal. Entonces el tráfico y el movimiento aumentan de tal manera, que cincuenta ó sesenta carruajes se emplean diariamente en el camino, que está tan concurrido á todas horas del día y de la noche, como las calles principales de la ciudad.

El camino es ademas de hermoso y pintoresco, muy bueno, especialmente ahora que se ha terminado la reposición de una de las calzadas desde la garita hasta el bosque. Tacubaya dista de México cosa de 7,000 varas; pero con el tiempo llegará á ser el mas hermoso barrio de la metrópoli del Nuevo-Mundo.

M. PAYNO.

## SAN AGUSTIN DE LAS CUEVAS.

Pocos habitantes de México hay que no conozcan este pintoresco pueblito, y que al oír su nombre no hagan tal vez tristes y dolorosas memorias. Se nos preguntará si en ese pueblo hay algunas tumbas, y si es el fúnebre lugar donde están sepultados los amigos y parientes de los moradores de la bella México. Sí, lector querido; hay panteones y sepulcros donde cada año quedan enterrados, no los cuerpos, sino lo que es peor, las almas de multitud de honestos vecinos de la capital que van con los colores en las mejillas, con la alegría en los ojos, y con la esperanza en el corazón; y regresan pálidos, soñolientos, y algunos con una fiebre devoradora que los mata, y todo porque han dejado, y para no juntarse con ella ni en el juicio final, su pobre alma, sepultada debajo de una carpeta color verde oscuro, sin mas sufragios que dos largas velas que arden día y noche en aquellos lúgubres antros.

¡San Agustín! ¡San Agustín! ¡Qué de vigiliás dolorosas, qué de lágrimas derramadas por inocentes familias, qué de suspiros y arrepentimientos, qué de propósitos nunca cumplidos, y qué de planes magníficos desbaratados! Si pudiésemos reunir, ver, palpar y sentir las agonías, las maldiciones, los contrastes y los placeres amargos y diabólicos, de los que en un momento reúnen montones de oro para verlos desaparecer en seguida como por encanto, moriríamos en el acto al solo contacto de estos crueles tormentos, como al que hiere un rayo que se desprende repentinamente del centro de una negra nube.

San Agustín de las Cuevas es una de las muchas ciudades llenas de población y de movimiento, que existían ya cuando vinieron los españoles á conquistar la América. Se llamaba *Tlalpam*, que quiere decir *tierra arriba*, y se comunicaba con la metrópoli por medio de magníficas calzadas y por las lagunas y canales que estaban en corriente en esa época, y que existen todavía.

Su situación es de las mas pintorescas. Una calzada, ancha y plana, llena de arboledas en su mayor parte, y teniendo de uno y otro lado las tierras de labor de las haciendas de Nalvarte, Coapa y San Antonio, cubiertas de maíz, de trigo y de cebada, conduce desde la ciudad al pueblito,

ojo, que se halla reclinado, tranquila y muellemente, en la anchurosa falda de la elevada montaña de Ajusco. La parte antigua de la población, con sus casas de adobe, sus *santocalis* ó capillas, y sus huertos desordenados y cubiertos de flores y de árboles frutales, existe á poco mas ó menos como entonces, mientras en la entrada de la población, plaza y calles principales, se han edificado muchas quintas ó casas de campo al estilo moderno, con sus jardines, ingleses ó franceses; pero ya sea en la naturaleza salvaje ó inculta, ya en el cultivo esmerado y metódico, se nota una frondosidad y una frescura en las plantas que quizá no se encuentra en ningún otro lugar de la tierra templada. San Agustín no es un barrio de México como Tacubaya, ni una ciudad como Jalapa, sino un verdadero lugar campestre, sencillo y solitario, donde el césped nace naturalmente verde y frondoso entre los empédrados de las calles, donde constantemente atraviesan en todas direcciones corrientes de aguas cristalinas, donde á poco que se estienda el paseo, se encuentran calles rectas y espaciosas, sombreadas con los manzanos, los perones y los castaños, ó grietas y rocas salvajes que revelan la proximidad de una gran montaña y la existencia remota y terrible de los volcanes. El *Catarro*, las *Fuentes*, los *Callejones de San Pedro* y el *Ojo del Niño*, que es un manantial de agua, son los paseos favoritos de los que viven en San Agustín, y los sitios encantadores, donde respirando un ambiente siempre puro y fresco delante de la magestad imponente de las montañas y del valle, se pueden gozar esos instantes en que el hombre, rodeado de la familia y dejando por un momento las penas de la ciudad y los negocios ó las ocupaciones de la política, se considera libre, feliz é independiente.

San Agustín, en la Pascua de Espíritu Santo, tiene tres ó cuatro días de orgía y de fiebre, que parece dejan agotadas sus fuerzas y adormecidas sus facultades para el resto del año, en que permanecen sus campiñas desiertas, sus casas cerradas y solitarias, su plaza atravesada únicamente por el cura, por el prefecto, y por alguno que otro vecino que busca el retiro y la salud de su familia en aquel clima dulce y apacible.

La feria de San Agustín es acaso la única de su especie en el mundo.